



# El arte de la vida y la “in”-capacidad nuestra de cada día

“La excelencia de la persona buena es como la planta joven: crece en el mundo débil y quebradiza, en necesidad constante de alimento exterior. Para desarrollarse bien, la vida debe proceder de buena cepa. Pero además necesita, para mantenerse sana y perfecta, una meteorología favorable (rocío y lluvias suaves, ausencia de heladas repentinas y de vientos fuertes), y la dedicación de cuidadores solícitos e inteligentes. Lo mismo sucede con los seres humanos...”

M. Nussbaum

Por Denis Navas \*

**L**a vida bien vivida, la vida con excelencia, con capacidades plenamente desarrolladas y en continua evolución, se asemeja al arte, en tanto éste condensa y sintetiza una visión particular de la vida traducida a un formato o materia específica (partitura, lienzo, barro, metal), trabajada y llevada a ese óptimo grado de realización por un artesano, artista o, en épocas actuales, un instalador. Presupone entonces que la vida desarrollada “a toda capacidad”, tendría una pluralidad de expresión, agencia y vocaciones, limitadas únicamente por la moral y las buenas costumbres y por la propia elección personal.

Visto desde esta perspectiva, entenderíamos entonces que cada ser humano sería su propio artesano-artista que situado desde su propia vida-lienzo, podría utilizar desde su esencial libertad todas sus capacidades -habilitadas y

garantizadas desde y para siempre- para tejer, plasmar, cantar, danzar, su propia vida. Visto así, el arte de la vida tendría una visión de totalidad, complementariedad, fuerza y autenticidad, cimentada desde el profundo sentido de la existencia humana, del propósito humano. De la realización humana.

La vida hoy, sin embargo, es otra cosa, no hay -a menudo- excelencia porque nuestros almácigos y plantas jóvenes no están siendo abonados por la tierra fértil de las buenas experiencias y las buenas costumbres, no reciben del entorno ese cálido aupamiento que oriente y motive a la búsqueda sana, auténtica, de sus más SENTIDOS propósitos, tampoco se le facilita desde el espacio público reglas claras, apoyo oportuno, satisfacción y deseos de vivir una buena vida; por tanto más que una vida vivida como “arte” de plenitud nos encontramos en el yermo de la incapacidad



constante, perenne, circular y viciosa, que atenaza el alma y la conciencia y hasta el deseo de tener buenos deseos.

Valga esta fotografía para tratar de explicar-nos esa vida no vivida a plenitud,

a “máxima capacidad”: un callejón en Nicaragua, en Latinoamérica o en cualquier otro rincón del mundo, donde el yermo se asiente. Un callejón que por sí sólo habla de las inequidades e in-capacidades, de los roles sociales y espacios de poder que un sistema impone y normaliza, para disfrazar los orígenes perversos de este estado de cosas y alentar la ficcionalidad de comportamientos y creencias que se creen auténticos, pero que en el fondo son la trampa ubicada en nosotros mismos, que nos hacen estar incompletos, infelices, despistados y muy en el fondo, enteramente tristes de soledad.

En un primer plano dos hombres adultos juegan a las cartas, “se desmochan”, en un día y estancia que pasaría por bucólica si no fuera por lo abrupto de la callejuela, maquillada de basura y aguas sucias que indolentemente la parten en pedazos. El aforo lo complementa ristas de láminas de zinc, que inservibles para otra cosa, se apiñan de cualquier modo, cables eléctricos “vuelan” por el aire en una estupenda mala copia de cualquier modesta telaraña. Este orden compositivo, da en el clavo con parte de la esencia de nuestro comportamiento: construido

en partes iguales de remiendos y apuros.

Como punto de fuga, el callejón se tuerce hacia la izquierda y observamos, junto a los claros de sol, más basura que se enfrenta en batalla micro-campal con la maleza, un poco más allá, nuevamente la naturaleza humana se hace presente o ¿más bien se escabulle del presente? Es llamativo que sean dos mujeres y un niño, quienes tocan a retirada, mientras que un adolescente mira a la distancia un estar y un ser –de un presente– que probablemente le resulte lejano. ¿Será está la segunda clave de este ejercicio de observación artística? ¿Nos hablará acaso de la construcción, dominio o desperdicio del espacio público? ¿De las incapacidades que frenan las oportunidades, el acceso y la integración? ¿O tal vez nos señala las incapacidades que remarcan la exclusión cuando no la eliminación de las/los más débiles?

Y de nuevo en el plano compositivo más cercano, el de los dos adultos que juegan en dilatado ocio, que en palabras de Nussbaum, más que “elemento constitutivo de una vida humana valiosa”, pareciese a tono con un ocio que disipa el entusiasmo, desenfoca el objetivo y nos distrae de la esencia. Pareciese que asistimos a un orden del tiempo colapsado sobre sí mismo, inamovible y porfiado, donde las cosas, el rigor de la vida y las aspiraciones se detienen por completo; cartas en mano nos jugamos como principal y testarudo premio la inmutabilidad, el no desarrollo, la incapacidad.

¿Y si la vida de hoy, no fuese así? Desde los postulados de Crear Capacidades de Martha Nussbaum, podemos vislumbrar esa otra posibilidad, esa otra nueva realidad a construir que nos permita en primer lugar interpelarnos -desde cada uno de los callejones de nuestras vidas- sobre ¿Qué es capaz de hacer y de ser cada persona? Pregunta central que pone el acento en la esencialidad de nuestro cometido como especie, ubicando a “cada persona como un fin en sí misma”, dueña y sujeta de historia, acreedora de garantías, en pleno desarrollo de facultades y a quien le acompaña todo un proceso de esfuerzos externos bien encaminados. Lo ético como piedra de toque, recorre y acompaña esa multi-dimensionalidad, esta combinación que en palabras de Nussbaum, se compone de habilidades internas ubicadas en la persona y de libertades y oportunidades externas que brinda el entorno político, social y económico.

En Crear Capacidades, a partir de la totalidad ética e increpante de la pregunta ¿Qué se necesita para que una vida esté a la altura de la dignidad humana?, se nos presentan de manera esencial e iluminadora las 10 capacidades centrales que persiguen contribuir en la construcción de un umbral mínimo de desarrollo humano justo, de esta forma: la vida; la salud física; la integridad física; los sentidos, imaginación y pensamiento; las emociones; la razón práctica; la afiliación; las otras especies y el control sobre el propio entorno, se

convierten en ese decálogo mínimo necesario en la constitución de esa nueva realidad humana que se nos hace, hoy más que nunca, imperativo construir.

Y desde esa propuesta esencialmente hermosa, aunque desde la autora humildemente preliminar y en construcción, ¿cómo podemos retornar a nuestros callejones cotidianos? ¿Cómo volver al lienzo de nuestras vidas, luchando por la incorporación plena de capacidades? ¿Cómo transformar nuestra vida en arte vivo y dignificante, esencial y con pleno sentido de existencia? ¿Qué podemos decirles a las personas del callejón de la fotografía? Quizás de entrada valga conectarles con lo expresado por Sen, en su libro Desarrollo y libertad, cuando afirma que la capacidad viene a ser una especie de libertad, “la libertad sustantiva de alcanzar combinaciones alternativas de funcionamientos”, sólo así daremos tal vez la primera batalla, el primer paso, para sacar los callejones incapacitados de nuestras mentes y nuestras realidades y convertir en consuno la vida en arte. Es decir, en vida hermosa, plena, dignificante, “excelente” y por trascendente, merecedora de ser vivida.

#### Referencias

Nussbaum, M. (1995). *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*. Madrid: Edición Visor.

Nussbaum, M. (2012). *Crear Capacidades: propuesta para el desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.

Sen, A. (2000). *Desarrollo y Libertad*. Barcelona: Editorial Planeta.

\* Docente de Ciencias Sociales

